

UNA EXEGESIS ACERCA DEL CORONEL
DON MANUEL BALBONTIN

Sesión Ordinaria del viernes 19 de enero de 1945

Por, el Sr. Académico Dr. FERNANDO OCARANZA

El coronel de Artillería don Manuel Balbontín merece un especial recuerdo nuestro por la triple circunstancia de que, actuó durante una de las épocas mayormente dramáticas de nuestra historia que comprende a la guerra con los Estados Unidos de Norteamérica, la Reforma, la Intervención Francesa que primero fué Tripartita y el Imperio de Fernando Maximiliano; por haber sido un historiador verídico, pese a sus compromisos de partido y por considerársele como uno de los precursores de la razón científica como égida en la organización del Ejército Nacional.

El semblante de don Manuel, visto ahora en sus retratos, denuncia su origen francés; cabeza redonda, barba y bigote muy poblado y rubios, ojos claros y a lo sumo, estatura mediana. Su apellido, castellanizado, ha pasado como Balbontín, así como suena y lo escribimos; pero en sus ascendientes franceses debió ser Balbontinital por necesidad.

Su ascendencia pudo ser germana, sobre todo austriaca, ya que los mismos rasgos fisonómicos descritos, pudieran corresponder a ese origen: es una cara que recuerda a la dominante en los Hapsburgos.

Esto por cuanto se refiere al cuerpo; relativamente al espíritu, bueno será conocer cuáles ideas le dominaron, advirtiendo que para el tiempo en que vivimos resultan edificantes. Transcribo, pues, palabras que le pertenecen:

“Durante mi larga carrera he podido observar la protección que los Gobernantes y los Jefes superiores del Ejército impartían a los parientes, amigos o favoritos de que siempre se hallaban rodeados, haciéndolos aparecer ya en la prensa, ya en los partes oficiales, como llenos de méritos y servicios eminentes que los recomendaban altamente a la opinión pública, la que no extrañaba ver que rápidamente se elevaban a los más altos grados de la milicia, con agravio de tantos que por su antigüedad y verdaderos servicios eran más acreedores, pero que carecían de influencias”.

“Así, cada nuevo Gobierno llevaba consigo una multitud a quien protegía, prodigándole no sólo ascenso y pagas extraordinarias, sino, lo que era más doloroso, condecoraciones que no habían ganado”.

“Era usual que todo el que se pronunciaba o se pasaba a los pronunciados fuera objeto de mayores distinciones; y se elevaba sobre sus compañeros, y aún sobre sus Jefes, que habían permanecido fieles al Gobierno caído”.

“Los que, como yo, careciendo de influencias, se proponían servir con lealtad y odiaban la adulación y los chismes, se sujetaban a sufrir las mayores humillaciones. Si fuera a contar el número de postergas que en mi larga carrera sufrí podría decir sin hipérbole que pasó de varias miles”.

“Por otra parte, sentía cierta repugnancia de que la prensa se ocupase de mí, lo que procuraba evitar siempre que podía y como ocurría que los generales dejasen de dar parte de las acciones que dirigían, quedaban completamente ignorados los servicios que en ellas se prestaban”.

“No obstante, yo no me puedo conformar con que mis servicios queden ignorados, y por tal causa, y por que en estas memorias (refiérese a su libro titulado “Memorias del coronel Manuel Balbontín”) se hallarán datos de bastante importancia para la historia de la República, me he decidido a escribirlas; aunque no verán la luz pública, sino después de mi muerte, y éste será el último servicio que prestaré a mi Patria”.

“Estas memorias no contendrán pues mi autobiografía, ocupándose solamente de los sucesos culminantes que he presenciado” ...

El coronel Balbontín nació el 30 de agosto de 1824; pero su vida comienza a interesar el 26 de marzo de 1845, fecha en que ingresó al Colegio Militar en el grado de alumno, por lo tanto a los 21 años de su edad, período que debe haber tenido la misma ruta poco más o menos que correspondiera a los niños, los adolescentes y los jóvenes de su edad en aquella misma época calificada de romántica en el mundo.

Cuatro meses después de su entrada al Colegio, se le concedía el ascenso a cabo de la primera compañía del mismo establecimiento y en otros tantos obtenía el de subteniente de la 1/a. Brigada de Artillería; pero, transcurrió un año y medio para que su grado fuera de Ejército y el mismo fué de Teniente.

Su actuación militar activa y guerrera comenzó al terminar el año de 1845 en el momento que se pronunciaba en Peñasco, cerca de San Luis Potosí, el General don Mariano Paredes y Arrillaga que la emprendía desde luego sobre la capital de la República, hecho que tuvo entre otras consecuencias la supresión de las vacaciones a los alumnos del Colegio Militar, su acuartelamiento en Chapultepec y la construcción de las respectivas defensas, reforzadas con una compañía del 4º Batallón de Línea y otra del Activo de México.

En esta ocasión, Balbontín formó parte de un pelotón de oficiales al mando del Teniente don Francisco Paz, para manejar una pieza de artillería de plaza que fué colocada en el Caballero Alto.

El General Paredes llegó sin mayores dificultades hasta las goteras de México, esperándose que atacara la plaza de un momento a otro. A ello estaban atentos los defensores del Castillo de Chapultepec. Hacia la media noche, bandas de guerra tocaban diana en la Ciudadela y con ésto, anunciaban a la ciudad de México que ocurría otro hecho extraordinario, que quizás fuera mejor, llamar ordinario: efectivamente, las tropas de la Ciudadela se habían sublevado a favor del General Paredes.

Esta noticia era desconocida en Chapultepec y para enterarse de la ocurrencia que anunciaran las dianas, el coronel Joaquín Fuero, segundo Jefe del Colegio Militar ordenó al teniente Domingo Alvarado y al Subteniente Manuel Balbontín que marcha-

ran a México en busca de informes y si era posible que llegaran hasta las oficinas de la Comandancia General.

A trote largo salieron del bosque, tomando la que llamamos ahora Calzada o Avenida de Chapultepec con el fin de llegar a la garita de Belem; pero antes de su objetivo encontraron una compañía de Guardia Nacional que se replegaba hacia Chapultepec, informando los oficiales, que las tropas apostadas en la Ciudadela se habían sublevado.

Con este motivo pusieron sus caballos al paso, aparte de tomar otras precauciones y fué lo mejor cambiar el rumbo de su marcha. Tomaban ahora por el Paseo de Bucareli y llegando a San Fernando torcieron rumbo a la derecha protegidos por el acueducto de la Tlaxpana hasta la calle de Tacuba con el ánimo de llegar a la plaza mayor; pero en el camino encontraron dos batallones que venían de Tlaltelolco, sublevados en favor del General Paredes.

La obscuridad de la noche, los arcos del acueducto y la precipitación de las tropas "volteadas", les permitieron pasar desapercibidos, encontrándose al fin a las puertas del Palacio Nacional donde terminaron su misión, una vez tomados los necesarios informes.

Con las mismas precauciones regresaron al Colegio Militar, ahora por la Calzada de la Verónica, y una vez que rindieron el parte correspondiente, comenzó el coronel Fuero a dictar "Comunicaciones" al subteniente Balbontín en el sitio del Castillo que se ha llamado Mirador; pero antes de su labor burocrática, el Colegio fué puesto en estado de previsión o defensa. Casi comenzando el coronel a dictar y el sub-teniente a escribir, llegó un alumno en fuerzas de carrera al consabido Mirador para participar que las infanterías alojadas en el refectorio se acababan de pronunciar. Desde luego, el subteniente Balbontín cargó su pieza con metralla y Marroquín apuntó la suya hacia el ahora, peligroso refectorio.

El coronel Fuero tomó camino, de prisa, con dirección a ese mismo lugar, con el ánimo de reducir a los pronunciados. Tarea peligrosa e inútil, pues insistieron en su trece; pero como apreciaran por fin que su situación era peligrosa en vista de las piezas

que tenían apuntadas, pidieron que se les dejase retirar. Se comprendió que nada se conseguiría con la muerte de soldados y alumnos, ya que la revolución triunfaba; por ello, el coronel Fuero decidió el dejarlos escapar; pero le obligaron a que les acompañase hasta la puerta del bosque, temerosos de que los ametrallaran por la espalda.

En resumen, toda la guarnición de México se sublevó y a pesar de todo, Chapultepec permaneció en armas y a la defensiva hasta el momento en que, llegó un ayudante del general Anastacio Bustamante, Comandante General de la plaza de México con una orden para que, el Colegio se rindiera a los vencedores.

Balbontín comenta: "este fué mi primer hecho de armas, que aunque incruento, no por eso dejó de producir las emociones consiguientes". podríamos agregar que aquella fué la primera gran lección de lealtad que recibió: positiva en el Colegio Militar; negativa en la guarnición de la plaza de México.

Cuando en el año de 1846 empezaron a complicarse las relaciones entre México y los Estados Unidos de Norteamérica, se ordenó que todos los oficiales adscritos al Colegio Militar se incorporasen a los Cuerpos de Infantería y Artillería que guarnecían a la ciudad de México y a Balbontín le correspondió tomar su sitio en el primero de Artillería. Por fin fueron rotas las hostilidades y al llegar los norteamericanos a las márgenes del Bravo, las tropas mexicanas apostadas ahí se replegaron a Monterrey que interesaba conservar y para ello fué reforzada su guarnición con diversas tropas, marchando Balbontín en la brigada que tenía bajo sus órdenes el general don Simeón Ramírez que llegó a su destino el 9 de septiembre de 1846 y el 21 tomaba parte en la defensa de la metrópoli nortea. Don Manuel cayó prisionero en el fortín de la Tenería y le hubieran muerto de no haber "un joven" que lo hizo prisionero y "se comprometió a evitar" que se fugase. Días después fué libertado por canje y una vez en México le correspondió tomar parte, primero, en la defensa de la garita de la Candelaria y después en la Ciudadela.

Al ser evacuada la Capital de la República, siguió con su cuerpo hasta Querétaro en donde pudo establecerse el Gobierno.

Ahora, le voy a dejar la palabra, para que nos refiera la situación que guardaban cuando menos algunos cuerpos de nuestro Ejército:

“Durante las operaciones en el Valle de México, los oficiales, de General abajo, no llevaban más equipaje que el vestuario que tenían puesto, y estaban sujetos a un diario económico, que distribuían a los que tenían puestos en las líneas, los habilitados de los cuerpos u oficiales comisionados al efecto”.

“En los últimos días, los repartos fueron escaseando y algunos de los Oficiales encargados de hacerlo no volvieron a presentarse en las líneas. De semejante situación resultó, que al evacuar la Capital, la noche del 13 de septiembre de 1847, la mayor parte del personal de oficiales iba en la mayor pobreza”.

“Para remediar, en parte, tan triste estado de cosas, al llegar a Tula, ordenó el General en Jefe que se ocupara el tabaco del estanco para repartirlo a los jefes y oficiales”.

“Tocóles, pues, a razón de cuarta parte de paga; pero no teniendo modo de llevar aquella carga, la vendieron a mitad de su valor. Así fué, que a un Subteniente de Artillería que le tocaban poco menos de doce pesos, sólo recibió cinco y pico, y a uno de infantería, los nueve pesos y medio, se le redujeron a cuatro pesos seis reales”.

“Con aquel corto auxilio pudimos llegar a Querétaro; pero una vez en la ciudad, en donde las exigencias eran mayores, todos nos vimos en la más grande angustia”.

“Raro era entre los subalternos el que tenía segunda camisa, la ropa exterior se hallaba muy deteriorada, y las fondas no servían a los militares a menos que no pagaran adelantado. No había otros alojamientos que los edificios o los conventos donde se había acuartelado la tropa”.

“En el Convento de la Cruz, los oficiales de Artillería habían establecido una especie de Colonia ocupando varias celdas que se hallaban vacantes por falta de frailes”.

“Allí instalados y provistos de unos sudaderos de fibras de coco, que usan los arrieros para que no se les maten las mulas, improvisaron sus camas y aquel que conservaba algunas monedas, se recataba de los demás por no auxiliarlos en algo”.

“Los desheredados nos mantenían con cidras e higos de la huerta del convento; pero este alimento no era suficiente, y ya sentíamos los horrores del hambre”.

“Entre tanto, el Gobierno no trataba de remediar aquella miseria, contentándose con dar rancho a la tropa en especies, y no en dinero, y una pieza de pan por plaza para cada comida”.

“Es verdad que formuló una contrata para dar víveres a los oficiales; pero los efectos eran detestables. Además, ¿qué podrían hacer los oficiales con un puñado de garbanzos, otro de arroz, otro de frijoles, otro de sal y algunos chiles, sin tener trastos, ni lugar donde guisarlos?”

Algo más, no menos interesante, refiere don Manuel Balbontín; pero todo ello demuestra las condiciones de hambre, desnudez y abandono en que se hallaba el ejército destinado para combatir a los invasores norteamericanos; y era, precisamente, la fracción que acompañaba al gobierno que huía y se instalaba quizás al azar, en la ciudad central de Querétaro. Por ello, causan pasmo, algunas palabras más de Balbontín: “Pero el Ejército era objeto de un odio profundo. Había combatido; pero no había sabido vencer a un enemigo muy superior en organización, y en elementos de todas clases. Y la culpa recaía sobre la Nación entera, que no había sabido organizar un ejército ni prepararse para la guerra, se trataba de echarla toda sobre el ejército”.

Ocurrió, sin embargo, algo mayormente vergonzoso: “al verificarse la evacuación de México, muchos Jefes y oficiales abandonaron sus banderas y se quedaron en sus casas”, por medio de una coartada que aún puede lograrse, tomando en cuenta que han existido y existen, médicos que aplican su firma a falsos certificados de dolencia.

.....
Comonfort, a quien los Jacobinos se han encargado de menospreciar por el llamado “golpe de Estado”, que fué quizás un acto de buena fe, es persona que merece —tal es mi punto de vista por lo menos— un estudio imparcial que defina los atributos de su personalidad y para el caso, las Memorias del coronel Balbontín deben ser consultadas.

Cuando en febrero de 1856, emprendíase la campaña sobre Puebla, sucedió lo contrario de lo que debió lamentarse durante los días maléficos de la guerra con los Estados Unidos, ya que los habitantes de la región limitada por San Martín Texmelucan y Tlaxcala, llegaban presurosos para ofrecer a las tropas liberales, "tortillas, pavos, carneros y puercos", obsequios que obtuvieron sobre todo las que venían al mando del general Ghilardi y en cuyo Jefe provocaron un gran sentido de agradecimiento, que bien puede afirmarse, llegó hasta los mayores extremos de la ternura.

Los del pueblo de Tlaxcala, recordando en el subconciente a los tamemes, tal vez antepasados, quisieron quitar los caballos al carruaje del Presidente de la República y substituirlos a título de homenaje férvido y sincero; pero el hombre digno que regía los destinos del país, en aquel momento cero como ahora se llama al que se halla en el vértice de las crisis, expresó más o menos, las palabras que voy a repetir: **"Yo no puedo permitir estas demostraciones. ¿Quieren ustedes asemejarme al dictador? Yo no deseo otra cosa que hacer a ustedes felices"**. El dictador mencionado era don Antonio López de Santa Anna.

Comonfort era sobre todo un hombre civil, quizás tenía maderera de patricio; pero el mismo juicio benévolo no puede hacerse para sus dotes militares y sus determinaciones, les llamaré así más bien que órdenes a las cuales tenía por otra parte cierto derecho, ya que su investidura presidencial dábele carácter como Jefe del Ejército, fueron un motivo para el fracaso del general Ghilardi en la campaña sobre Puebla.

Cuando las tropas que mandaba este general llegaron a las márgenes del río Atoyac, surgió el punto de táctica de atravesar o no dicha corriente. Por deferencia fué consultado el Presidente; pero éste contestó: "no, que la Brigada marche a ocupar la fábrica "La Constancia", hasta recibir nuevas órdenes; que él iba a ver lo que pasaba". El movimiento fué inadecuado y permitió al enemigo aprovecharlo: había pasado el puente y encerrábase dentro de la ciudad que todavía era de "Los Angeles"; por otro lado, un papelillo enrollado en forma de cigarro, tenía escrita la orden para que Ghilardi ocupara Puebla, ¡ya ocupada por

los contrarios! La llevó un indígena oficiando como correo del Presidente de la República. Después de leerla, el general alargó el papel a Balbontín unido a estas palabras: "Mire Ud. amigo, ¡qué oportunidad para dar órdenes! "Serían cinco de la tarde, y hacía media hora que estaba encerrado el enemigo en sus fortificaciones".

.....

La Batalla de la Estancia de las Vacas (13 de noviembre de 1859) es uno de los hechos de armas que haya merecido un capítulo extenso e interesante en las memorias del Coronel Balbontín, de quien podría decirse: ¡que memoria de señor! Sería imposible referirme a todo y por ello escojo un caso de psicología profesional. Se dice que los médicos y los peluqueros son las personas mejor informadas y también, que los segundos corren fama de mayormente indiscretos, atribuyéndose obligación ineludible de discreción a los primeros, virtud que no ejercitan en todas las ocasiones.

Para dar la batalla de la Estancia de las Vacas, fueron concentradas en Celaya las tropas de los generales Santos Degollado y Manuel Doblado. De ahí debían dirigirse con rumbo a Apaseo y cuando las tropas marchaban en tal dirección, todavía en Celaya, encontráronse los Manueles (Doblado y Balbontín); después de afectuoso saludo, el primero dijo al segundo: "¿qué le ha sucedido a Ud. que lo veo tan cambiado? En un mes que ha transcurrido desde que ví a Ud. en Tampico han pasado diez años por Ud." a lo que contestó Balbontín: "Señor, los fríos me han puesto como Ud. me vé". El general Doblado le ordenó que tomara cama y consultara médico, advirtiéndole que si al siguiente día estaba en condiciones de hacerlo, marchase a Apaseo. Le pareció a Balbontín, que se apellidaba Linares el médico a quien consultó, pareciendo a éste mismo, necesario, que guardase cama para que resultase provechosa la medicina que le recetaba. Balbontín rehusó al someterse a la primera recomendación por más de 24 horas y, "hablando de los acontecimientos, el médico le refirió que aquel día, había celebrado una junta el Jefe liberal don Santos Degollado con el conservador don Miguel Miramón y que